

Quevedo, Francisco de, *Poesía amorosa (Erato, sección primera)*, ed. A. Rey y M. J. Alonso Veloso, Pamplona, Eunsa, 2011, (Anejos de *La Perinola. Revista de Investigación Quevediana*, 22), LXXXVI + 393 pp. (ISBN: 978-84-313-2828-3)

En un documentado, rico y novedoso estudio preliminar de cincuenta páginas, que puede leerse también como conclusión de esta excelente edición, los editores apuntan cómo Quevedo renueva los restrictivos códigos de las tradiciones que confluyen en su poesía amorosa: la grecolatina, la italiana, el neoplatonismo, la poesía española del xv al xvii y la poesía pastoril, y se subraya la vinculación temprana de Quevedo con la tradición erótica clásica: Anacreonte, la elegía amorosa latina y las silvas de Estacio. En cuanto a la influencia italiana, los editores optan por desenfatar la petrarquista a favor de la de poetas posteriores como Groto, Tasso y Marino; otras conclusiones que sacan los editores son que el neoplatonismo no es tan aparente en Quevedo como se ha señalado; que Quevedo busca en la lírica cancioneril del xv una manera de enriquecer el legado italiano; y que Góngora es uno de los modelos de la poesía amorosa de Quevedo, a pesar de la rivalidad entre ambos. En conclusión, «Quevedo optó por explorar huecos inéditos o poco explotados» (p. xxvi) en un empeño por ser original ante tan rica tradición amorosa.

Frente a quienes han visto en *Canta sola a Lisi* el eje en torno al que giran los demás poemas amorosos, los editores ven ese cancionero como parte de la unidad mayor de la musa Erato, y esta musa, piensan, hay que examinarla en vinculación con el resto de las que componen el *Parnaso español* de 1648 y las *Tres musas últimas* de 1670, ya que la lírica amorosa de Quevedo no es, como quiere la crítica, un orbe cerrado, sino que contiene en sí una pluralidad temática que incluye temas no amorosos, entrelazando el amor con otras preocupaciones.

Rechazan los editores relacionar la poesía de Quevedo con su experiencia personal, en parte porque no se conoce bien la cronología de su poesía, y también porque en sus versos no asoman detalles de su vida personal, al contrario de lo que ocurre con otros poetas; se trata, además, de una poesía artificiosa en el plano de la *elocutio* y en el de la *inventio*, «de manera que la clave explicativa debe buscarse en la literatura, no en la vida» (p. xxxiii). Sugieren Rey y Alonso Veloso que la actitud de Quevedo en *Erato* es juego literario y «manera», que quizá siga un ideal de cortesano enamorado, evocando una época «en la cual el amor ocupaba el centro de la vida social, porque era sinónimo de perfeccionamiento espiritual y elemento ennoblecedor» (p. xxxiv).

También destacan los editores la diversidad de contenido ideológico de la poesía amorosa de Quevedo: el *carpe diem*, la brujería, el sueño erótico, el platonismo e incluso la burla caben en sus poemas, en los que no desarrolla «una doctrina amorosa unitaria» (p. xxxv), frente a lo que han sostenido otros críticos. Quevedo, más bien, escribiría «inducido por

la curiosidad intelectual y el propósito de hacer un alarde literario» (p. xxxvii), sin otro sustrato ideológico que el escepticismo y el desengaño.

Se desarma la opinión de que Quevedo fue «insensible a la geografía y al entorno» (p. xl) y de que en su poesía no hay paisajes y elementos naturales, con ejemplos de poemas en los que se describen accidentes geográficos específicos, o que presentan breves evocaciones con las que Quevedo «convierte en paisaje físico una realidad humana» (p. xli).

Apuntan los editores, también, la gran riqueza léxica de la poesía amorosa: llaneza y cultismo, variedad léxica y novedad semántica. Se analizan varias instancias en las que Quevedo se muestra como gran «poetizador del lenguaje llano» (p. xliiv). Sobre los cultismos léxicos, la opinión común es que abundan en Quevedo, lo que demuestra su filiación con esta corriente; pero los editores sostienen que el porcentaje del léxico cultista es menor en Quevedo que en otros escritores y que en Quevedo la capacidad de hacer versos bellos con voces comunes es llamativa; en ese sentido nos recuerdan que ya González de Salas reconvino a Quevedo por la presencia de voces coloquiales en la poesía de *Erato*. Se hace repaso, también, de la variedad cromática en el léxico del color; del papel importante de la sinonimia en su lírica amorosa, que contribuye a la amplificación y a la reiteración; de la abundancia de latinismos semánticos; de la adjetivación y la metáfora, donde reside parte de la originalidad estilística de Quevedo; y de la dificultad verbal, con un análisis retórico del hipérbaton, con períodos que lo acercan más a la dificultad que a la claridad, aunque sea una dificultad distinta de la de Góngora.

Para finalizar estos sugerentes, y en ocasiones controvertidos, apuntes preliminares, que bien podrían constituir el núcleo de una monografía sobre la lírica amorosa de Quevedo, se destacan sus valores literarios: sobre todo, la amplitud y variedad de su producción con poemas estilística e ideológicamente variados en torno al tema del amor, lo que obliga a leer sus versos amorosos en su conjunto, frente a la actitud de la crítica, cuyo interés en la lírica quevediana ha surgido a partir de un número muy reducido de composiciones aisladas hasta el punto de que muchos de los poemas amorosos no han gozado de estudios individuales.

Se editan en este libro 76 poemas que componen la primera sección de la Musa Erato, mientras que la segunda sección, *Canta sola a Lisi*, se deja para un volumen posterior. La edición está basada en la *princeps* de González de Salas, *El Parnaso español* de 1648, sin atender a ediciones posteriores ni a esporádicas copias manuscritas de poemas aislados. A pesar de eso, se editan «versiones variantes» de diez poemas que representan, al parecer, una redacción diferente y temprana; no se aclara de forma satisfactoria el criterio seguido para establecer estas versiones variantes, y parece haber habido cierta vacilación en su selección, lo que explicaría que se diga que son «once» en la introducción (p. lviii) y «doce» en la edición propiamente dicha (p. 339), o que se incluya la *Segunda parte de las Flores de poetas ilustres* entre las fuentes de las versiones variantes, para no utilizarse luego (a propósito de esta anto-

logía de J. A. Calderón, se echa de menos la inclusión en la bibliografía del manuscrito original, conservado en la Biblioteca de la Fundación Bartolomé March Servera, en vez de la edición de Quirós de los Ríos y Rodríguez Marín de 1896).

Los editores se marcan cuatro objetivos que se cumplen con creces: dar a conocer la primera sección de Erato tal y como apareció en 1648; ofrecer un resumen argumental de cada poema; ampliar noticias sobre antecedentes literarios; resolver dificultades semánticas y sintácticas; y replantear la puntuación.

La anotación filológica es abundante, documentada y erudita y las notas no dejan duda sin aclarar ni tópico sin rastrear; se hace un exhaustivo repaso de fuentes, convirtiéndose así en un marco perfecto para comprender la poesía de Quevedo en el contexto de la literatura europea. Especialmente útiles son las notas dedicadas a esclarecer la sintaxis de los versos; también es útil el resumen argumental de cada poema, sobre todo en el caso de los sonetos, de difícil comprensión. La anotación filológica se convierte así en un comentario que da cuenta cabal del poema y su universo de referencias, por lo que ayuda a apreciar y entender una poesía de gran valor.

Esta excelente edición, presentada con gran pulcritud en la disposición tipográfica de la página y casi exenta de erratas, será de gran utilidad para el lector estudioso y para quien necesite ahondar no solo en la poesía amorosa de Quevedo, sino en sus vínculos con la tradición clásica, medieval y renacentista. Para evitar una prolijidad molesta, la anotación se complementa con una «notas bibliográficas» donde se da cuenta de los estudios de otros quevedistas, Pozuelo, Smith, Schwartz y Arellano, etc., que han indicado fuentes clásicas, lo cual permite presentar una información más limpia de detalles bibliográficos, al tiempo que se acredita a otros estudiosos sus esfuerzos. La edición concluye con un útil índice de voces anotadas (pp. 379-388).

Fernando PLATA
Colgate University